

Desafíos de la crisis para la gobernanza global

Conferencia dictada el 13 agosto de 2010

FELIPE GONZÁLEZ

Las conferencias magistrales me dan siempre mucho apuro; por ello más bien trataré de incentivar un coloquio interactivo, pues la interactividad es una característica precisamente del proceso de globalización.

Es verdad que pensé en la teoría de los jarrones chinos grandes en departamentos pequeños para calificar a los ex Presidentes; yo ya soy un ex varias veces, pues han pasado varios periodos, desde que dejé de presidir el gobierno.

Lo hice a los 54 años después de catorce años y sin muchas ganas de volver.

Todavía el columnista Santiago Carrillo de vez en cuando dice: “Él está preparándose para volver, pero todavía no lo sabe”. Con lo cual lo deja a uno paralizado, pues afirmo que “yo no tengo ninguna intención”, y él dice que él sabe que yo no lo sé.

Y si acaso algún día ocurriera, él diría: “Ya lo decía yo”.

De los 54 años, cuando decidí no volver a tener responsabilidades institucionales, a los 68 años ha transcurrido suficiente tiempo como para que a uno lo vean ya como a un jubilado, aunque sea de júbilo, sin muchas tentaciones de volver o sin

ninguna tentación de volver. La última presión que he recibido ha sido después de presidir ese comité llamado de sabios, para mi vergüenza, sobre el futuro de Europa; entonces hubo una cierta presión para que presidiera el Consejo de Europa. Resistí bien esa presión; sólo tenía un argumento y es que el cielo de Bruselas está muy bajo y a mí me abruma mucho vivir en un cielo bajo; por lo tanto, no quería trasladarme a Bruselas y no lo hice.

Los jarrones chinos grandes en departamentos pequeños, ya lo pueden imaginar. Yo no he dicho que sean valiosos, se supone que son valiosos. Está por demostrar cuál es el valor de cada cual; lo que es cierto es que, como se supone que son valiosos, nadie se atreve a romperlos y echarlos a la basura, pero todo el mundo sabe que estorban donde sea que los ponen y están deseando que alguien al pasar, en un descuido, les den un codazo y rompan los puñeteros jarrones y desaparezcan del escenario.

Por eso, cuando hicieron el Club de Madrid, que es un club de ex Presidentes, no el único, porque hay clubes de ex Presidentes por todas partes (debido a que los ex Presidentes del gobierno no nos resignamos a salir sin pertenecer a algo; yo creo que es un rasgo de falta de autonomía personal significativo), yo propuse que se llamara Club de los Jarrones Chinos y sólo Ernesto Zedillo, que acababa de salir de la Presidencia de la República mexicana, después de setenta años de PRI, apoyó mi petición. El resto no: no querían ser jarrones grandes chinos en departamentos pequeños. En verdad son todos muy aburridos, y ven que pasa el tiempo y va pasando la edad, se van anquilosando los discursos; es muy dramático: empieza uno a contar batallitas de joven.

A mí correspondió llevar adelante una modernización del país. Una fuerte reconversión industrial, la reconversión del sistema financiero. Introdujimos las políticas clásicas de redistribución, de universalización de la salud, de universalización de la educación y muchas otras. Hicimos algo para lo que había mucha resistencia, pero no mucha dificultad intelectual para comprenderlo. Es decir, había una especie de libreto ya existente que si uno lo seguía hacía que su país cambiara. Que cambiara su rumbo histórico. A eso contribuimos. Tuve mucha suerte. No sólo tuve mayoría parlamentaria durante cuatro períodos, sino que incluso los que no me votaban estaban de acuerdo con lo que hacía.

Sin embargo, algo andaba mal. Al cabo de catorce años hasta yo estaba harto de mí mismo, y comprendía que los demás también lo estuvieran y perdí las elecciones de 1996. Por muchas razones, entre otras por el desgaste y algunos casos de corrupción que nos golpearon durísimamente.

Hablando de la globalización, es que todavía hoy, y lo dice incluso la prensa chilena, me suelen preguntar: ¿por qué no hizo cuando estaba en el poder lo que ahora propone que se haga? Y es verdad que no se me ocurrió introducir la banda ancha en los ochenta, es verdad que no se me ocurrió digitalizar el funcionamiento de las administraciones públicas, no se me ocurrió.

En verdad no podía prever que eso iba a ocurrir a finales de los noventa o en la segunda mitad de los noventa, y no pude imaginar suficientemente la dimensión de la revolución tecnológica, ya estaba fuera de eso. Y también me preguntan: ¿haría usted ahora la mismas reformas educativas que planteó en el 83? Seguramente no las haría de la misma manera.

Entonces a la pregunta ¿haría usted lo mismo que hizo a lo largo de su vida? contesto: pues, hombre, si tuviera otra oportunidad, cosa que no creo, no haría lo mismo, sería muy aburrido. Trataría de hacer otra cosa.

Creo, sin embargo, que lo que hice entonces fue útil, creo que sirvió para ayudar a España a salir de un cierto aislamiento histórico, de sus fronteras, de un cierto fracaso como sociedad que no tenía posibilidades de desarrollarse.

Todo ello, además, se puede explicar en cifras, aunque quizás lo más importante es probablemente lo que no está en cifras, pero se puede explicar en cifras. Llegué con 4.500 dólares per cápita y salí del gobierno con más de 15.000.

Hoy, en medio de la crisis, debemos estar en 34.500; el señor dólar es menos serio de lo que era entonces, por tanto hay que deflactarlo, pero de todas maneras en ese período se logró que la riqueza por habitante fuera mucho mejor distribuida que en todos los siglos anteriores; creció más de cuatro veces en un período de veinticinco años y había crecido tres veces en tres siglos y medio.

Se había producido en Europa una gran revolución pacífica que fue transformando los países. Los españoles creyeron que podían hacer lo mismo que hacían los otros y se pusieron a hacerlo. Bueno, de ahí salieron grandes proyectos empresariales, de desarrollo. Hoy yo procuro desde mi obsesión socialdemócrata, que mantengo de la mano con una cierta rebeldía conmigo mismo, entender cuáles son las pautas de comportamiento y los proyectos para adaptar ese pensamiento a los desafíos del siglo XXI.

No lucho por restaurar utopías regresivas, sino por ver cómo se aplican esos parámetros a la sociedad de la globalización.

El problema no es tanto de comprender lo que se debía hacer, sino el de superar las resistencias que en todas las sociedades existen para realizar los cambios.

Para mí, por ejemplo, la redistribución del ingreso no era sólo la mejora del salario, ni siquiera fundamentalmente la mejora del salario, sino la garantía de la universalización de la educación, de la salubridad y del sistema de previsión. Eso lo volvería a hacer ahora, quizás de manera diferente. Ahora con un mix más claramente público-privado, porque seguramente la fiscalidad ha cambiado inevitablemente de aquella época a la época actual. Estoy hablando de un período de veinticinco años y en los cuales han acontecidos muchas cosas.

Respuesta, por tanto, a una primera pregunta hipotética que me hacen todo el rato: ¿haría usted lo mismo? No. ¿Cómo voy a hacer lo mismo con el sistema educativo, cuando en realidad creo que el impacto de la revolución de la información tiene que transformar también la forma de relacionarse en la universidad, en la formación profesional, en la educación básica? Tiene que ser mucho más interactiva; es probable que una lección magistral, que una lección de cátedra es lo que más se parezca, en la actualidad, a lo que era una lección de cátedra en el siglo XIX, pero no es lo mismo un quirófano del siglo XIX que un quirófano actual.

Bueno, yo creo, pues, que la universidad también tiene que cambiar y todo el sistema educativo tiene que cambiar. Y tiene que cambiar mucho más aceleradamente de lo que lo ha hecho, porque a la universidad le debemos pedir que siga siendo una cierta vanguardia que anticipe el futuro. Vanguardia de pensamiento.

Eso no está ocurriendo en nuestros países, los cuales comparten muchas pautas culturales. Ayer, cuando presentábamos

el libro que ha editado el Presidente Lagos con un grupo de colaboradores sobre los cien últimos años, pensaba hasta qué punto compartimos demonios familiares. Cosas que pasaban aquí pasaban allá, las fracturas sociales se producían en ambas partes, se producía la fractura religiosa, se producía una serie de fracturas, incluso la fractura de sociedad civil, de alzamiento militar, todo esto se producía también en España.

El problema de lo que hicimos me interesa menos, estoy dispuesto a explicarlo cuando me lo preguntan, pero fue justamente en Chile en septiembre del 96 cuando decidí que no iba a dedicarme el resto de mi vida a meterme en los archivos para explicar lo que había hecho y vivir de eso. Me parecía demasiado aburrido; prefería discutir lo que estaba pasando y lo que se veía por delante. Tengo un vínculo con septiembre, porque ayer cuando llegué me dieron una foto (les aseguro que me veía más joven) de cuando por primera vez que llegué a Chile, el 1 de septiembre del 77. Comprenderán que aquella vez, la primera visita, fue menos cómoda, pero fue la primera vez que estuve en esta tierra y me lo recordaban ayer. Así que ahora que estamos nuevamente acercándonos a septiembre, pero 33 años después sigo pensando que es más interesante hablar de lo que hay que hacer hacia delante.

Lo que hay que hacer tiene mucho que ver con ese fenómeno al que llamamos, en términos generales, la globalización, que estudió también mi amigo Castells y que discutí con él durante mucho también en la zona de Silicon Valley, donde él hizo su magnífica trilogía sobre el fenómeno de la revolución informacional. Tal revolución tiene un gran impacto en la democracia. La revolución de la información constituye la base de toda la revolución científica tecnológica que estamos viviendo a una

velocidad muy acelerada. La revolución de la información es una revolución de las comunicaciones entre los seres humanos; por tanto afecta a todos los aspectos de sus vidas, incluidos los aspectos institucionales, los de gobernanza, el funcionamiento del sistema financiero, el funcionamiento de la economía, el funcionamiento de las empresas.

Es más fácil hoy comunicarse desde lo local con lo global que comunicarse desde lo local con los gobiernos centrales. Lo que ocurre en cualquier lugar del planeta, en una localidad pequeña, en el ámbito en que uno se realiza humanamente rodeado de los próximos, es más fácil conectarlo con lo global que conectarlo con el gobierno central, que suele estar más distante que lo que puede ser la conexión virtual con cualquier lugar del planeta.

Esa revolución de la información responde a una pasión que ha sido la gran pasión de la vida de los seres humanos desde que se pusieron a caminar, ese permanente flujo migratorio, que ha sido como se ha llenado el planeta desde su comienzo.

Parece estar confirmado que, desde el primer *homo sapiens* de África, en todos los movimientos migratorios ha existido esa tentación de ir reduciendo la barrera del tiempo y del espacio para comunicarse con el otro, y de pronto internet nos permite comunicarnos con el otro sin el tiempo y espacio de por medio: por lo tanto, lo que estamos haciendo aquí podría estar siendo seguido en directo por alguien que quisiera estar atento a doce o catorce mil kilómetros, o en cualquier otro punto del planeta. Ésa es la esencia de una revolución que pone en crisis nuestro modo de vida. Lo hace tan rápido que, como seres históricos que somos los seres humanos, nos desestructura, nos crea una cierta angustia.

Hemos tardado un siglo y medio en adaptarnos a la sociedad industrial y todavía tenemos muchas pautas de comportamiento de la sociedad agrícola.

Aún tenemos todas nuestras raíces en las costumbres de la sociedad agraria, que ya hemos dejado atrás hace mucho tiempo. Hemos tardado un siglo y medio en cubrir el planeta de energía eléctrica y menos de una generación en que todo el planeta esté cubierto por internet.

El primer GPS que tuve en mi vida fue el que me entregó el viejo Bush –no la fotocopia, sino el viejo Bush– cuando acabó la primera Guerra del Golfo, porque era de uso exclusivamente militar para que los soldados que estaban en el desierto tuvieran alguna orientación; era un secreto militar y hoy es muy difícil comprarse un coche o un carro que no tenga incorporado un GPS, y no ha pasado tanto tiempo.

Es decir, lo que estamos viviendo se ha producido en una generación de transformación de la comunicación entre seres humanos. Ello nos plantea una adaptación mucho más rápida de lo que significó la adaptación al proceso de industrialización entre el siglo XIX y el XX.

Es incluso difícil comprenderlo, y comprenderlo no significa asimilarlo; uno puede comprender, desde el punto de vista de la educación y la formación de capital humano, que por primera vez en la historia de la humanidad los mayores aprenden de los jóvenes, porque nacen ya con una especie de conciencia digital, de lenguaje digital y de educación o de adaptación digital. Como nosotros pertenecemos a la otra cultura, a la analógica, vemos, al menos yo, con una gran sorpresa que un joven adolescente de 14 ó 15 años me considera, y con toda la razón, muy torpe cuando me acerco al último iPod o a la última computa-

dora y trato de leer el libro de instrucciones para orientarme, y ellos se ponen e inmediatamente dialogan con la computadora o el iPod y saben todo lo que tienen que hacer.

Es la primera vez que los mayores aprenden de los jóvenes en la historia de la humanidad. ¿Qué supone eso desde el punto de vista de la revolución del sistema educativo?

En el plano de la democracia, hay una crisis real de la democracia representativa que se corresponde además con una crisis real del Estado nación. ¿Es una crisis que termina en desaparición? No, pero hay que tomar conciencia de que los desafíos que enfrentamos, por ejemplo la crisis financiera global que ha creado una crisis recesiva mundial semejante a la del 29 del siglo pasado, nos plantea una pregunta para la que no tenemos una respuesta; la gobernanza global que se debería corresponder con los desafíos globales que tenemos por delante, ya sea el calentamiento global o la crisis del sistema financiero global, no tienen una esquema de respuesta correspondiente, porque seguimos viviendo en el Estado nación que empieza a principios del XIX y responde a una sociedad que se va industrializando, que tiene unas fronteras absolutamente delimitadas, un mercado más bien limitado con relaciones comerciales exteriores, una estructura empresarial fundamentalmente nacional, una moneda –desde luego nacional– que la diferencia de otras, unas fuerzas armadas desde luego nacionales que se defienden del vecino, las amenazas que se definen por la frontera y todos los otros atributos que conocemos.

Esto cambió. Si uno contempla lo que pasa en Europa, los sistemas defensivos de las fuerzas armadas siguen siendo los sistemas defensivos de antes de la Segunda Guerra Mundial, con una sola adaptación, la que exigía la OTAN para que la Eu-

ropa occidental fuera el *hinterland* de contención de un posible ataque del Pacto de Varsovia. Por tanto, era un pacto defensivo con despliegue territorial; hablo de ese fenómeno como podría hablar de otro, para ejemplificar los desfases existentes.

Tenemos concedidos cerca de dos millones de personas en el servicio militar, en la estructura militar de la Unión Europea, con muy poco gasto en defensa, nada comparable con el gasto de Estados Unidos, pero no hay ninguna adaptabilidad de esas fuerzas a los requerimientos de una sociedad como la actual, es decir, podríamos, a petición de las partes, crear una fuerza de intermediación para evitar los conflictos en Oriente Medio, pero no los europeos.

Cuando se produjo la terrible tragedia de los Balcanes, el 90% de la información para el despliegue de fuerzas era satelital norteamericano; por tanto no nos movíamos con ninguna autonomía y se trata del corazón de Europa, el corazón de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial cuando sucedió el estallido de los Balcanes.

Veinte años después de la caída del Muro de Berlín, todavía estamos buscando una redefinición del papel de la Alianza Atlántica. En el año 91, en Roma, cuando se cayeron la Unión Soviética, el Muro de Berlín y el Pacto de Varsovia, era muy peculiar lo que ocurría en la reunión de la OTAN que siguió a esos acontecimientos; me estoy refiriendo a un acontecimiento que marca nuestra época. La discusión entre los europeos, miembros de la OTAN, no era una discusión existencial: “Ha desaparecido el enemigo que justificaba el pacto defensivo: ¿qué hacemos con el pacto defensivo?”. No, eso no se discutió, no pasó por la mesa. La única discusión era que si los norteamericanos consideraban que el *hinterland* de seguridad, que era la Europa

occidental, ya no era necesario, cuánta fuerza estadounidense iba a estar desplegada en Europa; se señalaba que si bajaban de cien mil significaba que había una falta de compromiso. Éste era el debate. ¿Por qué? Porque ocultaba otro debate que históricamente tenía sentido; es que la guerras mundiales no fueron unas guerras de bloques ideológicos, fueron unas guerras civiles europeas, tanto la primera como la segunda. Fueron enfrentamientos intraeuropeo que se desencadenan dos veces entre Alemania y Francia e implica a toda Europa y a todo el mundo. Entonces debajo de la mesa había un enemigo oculto que era la historia, la desconfianza mutua entre unos y otros.

Por tanto, hay un acontecimiento político fundamental que marca un cambio de era y, a mi juicio, una nueva civilización con nuevos paradigmas. Ese cambio se refiere al 89 con todas sus repercusiones en todo el mundo, a la caída del Muro de Berlín y a la liquidación de un sistema que se basaba en una política de dos bloques de influencia. Lo puedes llamar como quieras, el bloque comunista, el bloque capitalista, el bloque de las economías libres o el de las sociedades libres y democráticas, el bloque de las economías estatalizadas o el de las sociedades sometidas al control de un solo partido.

Esos dos bloques ideológicos tenían un equilibrio que se llamaba “el equilibrio del terror”, que dejaba relativamente tranquilo en el orden internacional a las dos grandes potencias, y las dos grandes potencias no sufrían exceso de tensión. Eran las zonas de rozamiento entre las dos grandes potencias, las que estaban soportando esa lucha de poder entre dos sistemas antagónicos y excluyentes entre sí. Era uno u otro. Y eso lo vivimos en Centroamérica, lo vivimos en Sudamérica, en la parte sur del continente, lo vivimos en África, lo vivimos en todas las

zonas de rozamientos de los dos bloques. En el corazón de los bloques no. Había ese equilibrio.

Bueno, eso desapareció, y desapareció por tanto una división del mundo en sistemas ideológicos que era mucho menos real que el mundo actual. Porque no era real que el mundo fuera comunista o capitalista. Ahora la inmensa diversidad del mundo es mucho más complicada de organizar y plantea nuevos desafíos y nuevas pruebas

Con mucha frecuencia conversé con Gorbachov, sobre cuánto influyó la revolución tecnológica y el *gap* tecnológico entre Estados Unidos y la Unión Soviética, en la desaparición de la URSS. Ya a principios de los ochenta hubo una declaración del Presidente Reagan, que se conoció como la “guerra de las galaxias”, lo cual le queda bien por su condición de actor, explicando en qué consistiría la nueva hegemonía de Estados Unidos respecto del otro bloque.

Se trataba del escudo espacial, esa teoría de que los militares conocen muy bien qué es la flecha y el escudo, que consiste en desarrollar un escudo espacial capaz de parar las flechas, misiles de largo alcance, soviéticos, en tanto que los soviéticos no tendrían el equivalente de escudo, y por tanto se habría roto el “equilibrio del terror”, el equilibrio de la exclusión mutua asegurada.

Reagan el año 82 hace el discurso de la “guerra de las galaxias”.

En la Unión Soviética, casi en aquellos años, todos sus dirigentes eran jarrones chinos en departamentos pequeños; dominaba una gerontocracia, donde las sustituciones se producían a través de continuos fallecimientos.

Debíamos ir a funerales de Estado al menos una vez al año. Fue la primera vez que el Comité Central de la Unión Soviética

creó un puesto de responsable de funerales, y fue la primera vez que entró una mujer a formar parte del Comité Central, que era la que se encargaba de los funerales. Y siempre hacía frío, siempre lo recuerdo con frío, porque en la Plaza Roja hace un frío tremendo y tienen esa costumbre, que nunca entendí muy bien, de poner a la criatura que se acaba de morir en aquel cajón con un cristalito para que la viera todo el mundo, con la mala cara que se les pone a las personas que están en ese trance. Y desfilaban al paso de la oca los coroneles rusos, para placer y miedo de Margaret Thatcher, que veía a señores con 50 años atravesar toda la Plaza Roja al paso de la oca, y después, cuando encontraba a Reagan, le decía: “Al paso de la oca van a atravesar el Canal de la Mancha, porque yo no tengo ni un solo coronel que resista tres kilómetros al paso de la oca”, y en eso basaba ella la amenaza soviética.

En realidad el desequilibrio se produce cuando Andropov, que era el mentor de Gorbachov, Presidente durante menos de un año de la Unión Soviética y antiguo director de la KGB, se enteró de la revolución de las comunicaciones, sin que el resto de la gerontocracia le diera ninguna importancia, porque le parecía que esto de la revolución de la información en la que ya estaba Estados Unidos y una parte de Europa era un capricho de los occidentales, cosa de universitarios a los que les gustaba inventar intranet, comunicarse y tal. Esto, por tanto, esa parte de la investigación, para los soviéticos no tenía la menor importancia. Lo que tenía importancia era el petróleo, y lo que tenía importancia era la investigación básica, la física y la química; las comunicaciones los tenían sin cuidado.

Cuánto influyó ese *gap* tecnológico en la caída tan vertiginosa de la Unión Soviética se está por analizar, pero es tan extra-

ño que un poder imperial, un imperio con o sin vocación, da igual, que domina a la mitad del mundo, se caiga en un período de tiempo que hemos podido ver todos.

El imperio español que aguantamos unas temporadas tardó tres siglos en deshacerse, el imperio romano también; es la primera vez que esa destrucción se produce ante nuestros ojos.

El punto final de ese gap tecnológico se produce en el primer conflicto del Golfo. Les he hablado del GPS que después me entregaron, en fin, lo que llamaban la inteligencia artificial aplicada a la fuerza aérea con la perfecta orientación de los misiles no sé cuánto. Si uno comparaba los aviones soviéticos de última generación con los aviones norteamericanos de última generación, la diferencia fundamental era la tecnología de Estados Unidos, la inteligencia introducida en sus aviones.

Ya les estoy relacionando, por tanto, los dos temas: el fenómeno de la revolución de la información y la “guerra de las galaxias” y el escudo espacial, que todavía se discute si se pone en Polonia, en un debate que tiene no tiene visos de resolverse.

Dos acontecimientos de lo que llamamos el final del siglo corto cambian el mundo: el hundimiento de la política de bloques y la irrupción con fuerza de la revolución tecnológica.

El otro punto de inflexión de esa nueva realidad del mundo es que sólo el mercado homologa a los sistemas a lo largo de todo el planeta, con la excepción de Cuba y Corea del Norte, que no han aceptado el mercado. Sólo esos dos países tienen una economía estatizada, con un sistema comunista en el sentido tradicional del término.

China no es un sistema comunista. Es, si se quiere, un mandarinato con una estructura de partido único de poder, pero el sistema es de mercado, lo mismo que Vietnam y que tantos

otros. Por tanto, hay un elemento curiosamente homogenizador y hay una aceptación de una economía de mercado como algo más eficiente que una economía estatizada.

Se pensó equivocadamente que el mercado generaría automáticamente sociedades abiertas. Recuerdo una discusión con el viejo Bush cuando decía “no importa, con que los países de Europa del este tengan una economía de mercado está bien, ya lo demás vendrá”. Y, bueno, ha habido un fenómeno que ha durado muchísimo tiempo, que es el control de la economía, lo que consideramos en términos genéricos mafia, que en realidad eran los excedentes de los servicios de inteligencia de los antiguos países comunistas, quienes conocían cómo funcionaban sus sociedades y el mundo. Ellos son los que se quedaron con la economía.

Yo pertenezco a un país en donde he podido vivir, comprobar que existe mercado sin democracia; lo contrario no existe. No existe democracia sin economía de mercado, pero economía de mercado sin democracia sí. Por tanto, ésta es una pareja muy rara, mercado y democracia.

Cuando no va bien con la democracia, el mercado muchas veces tiene la tentación de promover el autoritarismo. Esa confusión lleva al triunfo de un cierto fundamentalismo que podríamos llamar neoliberal o neoconservador, que supone que el mercado lo arregla todo y además se autorregula.

Se han ido quitando normas al mismo tiempo que el mercado, la economía, las finanzas se han globalizado; por tanto, tenemos un problema de gobernanza global y un problema de desregulación global. Esto nos ha dado periodos de bonanza impresionantes con grandes desequilibrios en el reparto de la riqueza, porque no ha habido un solo sistema que haya escapado de una peor

distribución de la riqueza a nivel mundial durante la época de la globalización, pero también ha disminuido mucho la pobreza.

El hecho de que haya quinientos millones de chinos que se han incorporado a la sociedad de consumo, aunque todavía quedan ochocientos millones que estén en la parte agraria, no se puede desconocer. Es, como diría Enrique Iglesias, el siguiente piso de la sociedad de consumo. Esto es lo que ha revolucionado la demanda de materia prima y de tantas cosas en el mundo.

Por tanto, hemos dado un paso enorme, seguramente, pero al mismo tiempo hemos creado un sistema financiero y un modelo económico no sólo sin gobernanza global, sino, además, crecientemente desregulado. Por eso, sin previsibilidad, y esto veinte años después de la caída del Muro de Berlín, nos lleva a la crisis del sistema financiero, a esa implosión del sistema financiero que ha producido una recesión mundial. Distinta en un lugar u otro, pero después de una época de bonanza entramos en un proceso de recesión y todavía hoy estamos llenos de incertidumbre.

Durante veinte años ha habido una presión sobre la política para que no estorbe el desarrollo del mercado que cabalgaba al galope de la revolución tecnológica. Cualquier día, a cualquier hora que uno prenda la televisión, le van a estar dando información de cómo va la Bolsa de Tokio, la Bolsa de Hong Kong e incluso ahora la de Brasil, Wall Street, la europea: veinticuatro horas sobre veinticuatro horas en una interdependencia creciente de los mercados que se afectan a sí mismos.

Ha bajado Wall Street. No se preocupen: la Bolsa europea baja, arranca la Bolsa europea a la baja y al revés empieza a ocurrir igual, incluso un fenómeno nuevo: la Bolsa de São Paulo ha hecho transacciones de más volumen durante semanas

que Wall Street; por tanto ha habido una desviación de movimiento.

Esa desregulación nos ha generado un sistema financiero que ha sustituido el objetivo de cuidar el ahorro, que era la función clásica del sistema financiero, digamos al servicio del cliente, de tener un banco que le cuidara su ahorrito, no hablo del ahorro millonario, el ahorro pequeño, y que además le aconsejara bien en los créditos que le daban, en la inversión que iba a hacer.

Eso cambió. Hoy la banca entera compite por colocar el producto y el cliente no es más que un instrumento para colocar el producto. ¿Y cuál es el producto? Un producto totalmente incomprensible para todo el mundo.

Ricardo Lagos decía hoy: ¿cuántas decenas de miles de *swap* se habrán firmado en mi país sin que el 95% de la gente sepa lo que es un *swap*? ¿Cuántos derivados ha comprado un pensionista coreano en Lehman Brothers o en cualquier otro banco de inversión, en un paquete en que vienen cuatro cachitos de hipoteca basura de varios estados de Estados Unidos más otros ingredientes que no entienden, pues simplemente confían en que son serios y que están administrando bien sus ahorros sin una contabilidad real y sin un control real?

Bueno, la fiesta se acabó con la implosión del sistema financiero. En el momento en que se acabó se ha vuelto a reclamar a la política para controlarla.

Se le pide a la política salvar la crisis, que no creó la política sino la ausencia de política, y hemos intervenido en todo el mundo masivamente y, debo decir, responsablemente, para evitar que se caiga todo el sistema financiero, si no la crisis económica hubiera sido mucho peor.

Los contribuyentes han pagado los excesos del sistema financiero globalizado.

Debo añadir que es una crisis de sistema sin alternativa de sistema, pero una crisis de sistema que exige capacidad para hacer una reforma que haga previsibles los movimientos de capital, para no volver o no estar ya incubando la siguiente crisis financiera. Porque todos los gobiernos, desde Bush a Obama, pasando por los conservadores o los progresistas, todos han intervenido al rescate.

Pero una vez que se ha producido el rescate aparece, claramente, ahora de nuevo, el sistema financiero diciendo “ya, ahora déjenos, ustedes no intervengan, no regulen, sobre todo no sobrerregulen”, y en eso tienen razón: “No se preocupen, ya nos estamos arreglando, ya estamos saneados”. Y eso no es cierto, se están vendiendo los mismos productos que se vendían.

¿Qué hay detrás de todo esto? Hay un problema de gobernanza, sin duda. Se reúne el G-20. ¿Qué significa el G-20? El reconocimiento por primera vez de los países altamente industrializados que formaban el G-7, organismo tan espurio desde el punto de vista de la gobernabilidad internacional como el G-20, pero el G-7 fue el G-8 con el siete más uno, porque los rusos estaban después de la caída del Muro de Berlín y la Unión Soviética, no querían que fuera una pieza suelta del sistema, no tenían ninguna condición para estar en el G-7, pero hicieron siete más uno.

La realidad actual ha demostrado que el G-7 más uno, salvo Alemania, era un gran deudor del resto de los países emergentes. Europa y Estados Unidos han gastado ya lo que tienen que pagar en los próximos treinta años, en tanto los países con menor renta o con una gran renta petrolera han ahorrado ya lo que van a poder comprar en los próximos treinta años.

Una nueva realidad se expresa en el G-20. ¿Cómo podemos arreglar la crisis financiera? Crisis que han provocado en este caso Estados Unidos y Europa; esta vez no fue América Latina la que provocó la crisis financiera. Por tanto, tenemos un problema de gobernanza terrible y ninguna vía de salida. Se expresa en el G-20. Los responsables de la crisis, Estados Unidos y Europa, no se han puesto de acuerdo, y el resto de los países del G-20, ¿tienen algo que decir? ¿Han hecho alguna propuesta razonable para que esto no vuelva a ocurrir? Pues no, no ha habido un acuerdo, no ha habido una propuesta razonable. Por fin Obama ha conseguido una reforma del sistema financiero. Pasó por Wall Street para pedir ayuda. Imposible. ¿Cómo Wall Street le iba a dar ayuda para reformar aquello de lo que vivía? No es posible, digo, no es coherente que se haga así, perdería su sentido, porque Wall Street tiene un peso consistente dentro de la conformación de la voluntad del Congreso norteamericano, que sí tiene que votar la reforma. No ha sido una reforma como pretendía Obama, es una reformita, pero resulta insuficiente porque ni Estados Unidos puede regular la globalización solo.

El unilateralismo se acabó, siempre a la gente que es de la tribu ideológica de la izquierda le da mucha alegría pensar que Estados Unidos, que llamábamos “el imperio”, hoy día ya no es tan relevante como para gobernar el mundo. Yo suelo añadir que Estados Unidos no puede mantener las políticas unilaterales como Bush en materia de seguridad y en otras materias; es decir, Estados Unidos no puede gobernar el mundo, pero sin Estados Unidos tampoco podríamos gobernar el mundo.

Ésta es la nueva situación; por tanto, tenemos que asumirla para saber cómo sacamos adelante este fenómeno de la globalización. Pero el G-20 expresa la nueva realidad, el 70% del cre-

cimiento del producto en los próximos quince años se estima que se deberá a los países emergentes, no a los países centrales, no a los países clásicos.

Después de dos años de estudio, mi conclusión es que Europa está en una crisis de adaptación muy seria, con problemas estructurales muy dramáticos. Entre otros, el problema demográfico, para el que no encuentra salida; la única salida sería aceptar la inmigración y cada vez aquello produce más rechazo. Va a perder setenta millones de personas en su población activa de aquí al año 2050 y va a tener noventa millones de personas más en su población dependiente pasiva.

A Rusia le pasa algo parecido. Estuve con Medvedev en febrero y me habló de su plan de modernización y me pedía explicaciones sobre la estrategia europea. Yo le dije: mire, Presidente, como hemos tenido que estudiar la demografía de todo el mundo regionalmente, también hemos analizado la rusa. Tiene 147 millones de habitantes, bajó la esperanza de vida diez años, van a pasar en el 2050 a tener 122 millones de habitantes, tienen una frontera con China en el norte con muchos recursos naturales en la que hay, de la parte rusa, dos millones y medio de rusos y de la parte china trescientos millones de chinos. Creo que ustedes tienen un problemita y si no se toman medidas estructurales es muy serio y es muy difícil enfrentarlo. En Europa pasa lo mismo. Lo contrario pasa en América Latina, que tiene un bono demográfico fantástico.

Sin embargo, leía en un periódico sobre la juventud perdida de Latinoamérica. Un 45% de los jóvenes latinoamericanos entre 15 y 24 años carece de trabajo o buscan un trabajo informal. Aquí la falta de apoyo público traba el ascenso social. Son cifras oficiales de la Organización Internacional de la Juventud, que

son muy parecidas a las de la Organización Internacional del Trabajo.

Por tanto, primer problema: hay un bono demográfico en Latinoamérica que forma parte de su capacidad para enfrentar los desafíos de la globalización; en Europa lo que hay es una demografía con pirámide que se invierte cada vez más con mayor peso de la cúpula de la pirámide y cada vez con menos gente en la población joven o en la población activa, y América Latina tiene que hacer un esfuerzo estratégico fundamental, además de aprovechar bien la bonanza de las materias primas, y ese bono demográfico, ese inmenso capital humano que supone tener una base de la pirámide joven tan amplia.

Chile está perdiendo esa amplitud. Está con una tasa de reproducción de un 1,9%, que es menos que la reproducción de la población actual a medio plazo, pero, bueno, eso todavía es corregible y tardará tiempo en que se note que pesa mucho más la parte de arriba de la pirámide.

América Latina, entonces, tiene un bono demográfico extraordinario, y la variante estratégica de la sociedad del conocimiento no es tener recursos petroleros, no es tener mucho cobre, no es tener muchas materias primas, que es sin duda una bendición, aunque sólo cuando lo es, porque de los países que se han transformado en potencias petroleras y que se hayan transformado por el oro negro del país en los últimos ochenta años, sólo conozco a Noruega y hay muchos.

En este momento que estamos hablando surgen los gigantes de África. Ahí están las mayores reservas de petróleo y de gas del mundo, para lo que sirva, pero ahí está.

Sin embargo, no conozco ninguna experiencia de ningún país fuertemente petrolero con gran cantidad de energía pe-

trolera que haya transformado esa energía en desarrollo. O sea, no es malo tener petróleo, pero por el momento ha sido una maldición para muchas poblaciones. No ha sido una bendición que haya subido su nivel de desarrollo y bienestar.

Habría que reflexionar sobre esa experiencia, no para menospreciarla, sino para comprender que la variable estratégica para la sociedad del siglo XXI, para la sociedad de conocimiento, para la sociedad de la red, es el capital humano. Y el capital humano no tiene sólo que estar bien formado: tiene que aceptar una cultura distinta de la igualdad. Lo que se estudiaba en la CEPAL hace treinta años era bien interesante, era la injusticia de las relaciones de intercambio, porque a las materias primas se le fijaban los precios en los mercados de los países centrales, porque los grandes consumidores eran ellos. Y ahí se fijaban los precios de las manufacturas, así que los países en desarrollo, en particular los de América Latina, tenían materias primas mal pagadas y compraban manufacturas altamente pagadas.

Esa dependencia se acabó. Se deslocalizó la producción manufacturera, y las inversiones, las estructuras productivas del mundo han cambiado. Las materias primas van a seguir creciendo, porque la demanda va a seguir aumentando, pero quien sólo dependa de las materias primas para asentar su bonanza se está equivocando si no aprovecha como variable estratégica el capital humano. Éste es el gran desafío, el desafío del bono demográfico, me refiero a América Latina. Su desafío a mi juicio es éste, porque puede surgir una nueva relación de dependencia en el futuro.

No hay en Europa ni en América Latina una experiencia que haya conducido a un Google, a un Microsoft, a un gran monstruo de la tecnología de la información. ¿Es que no hay talento?

Sí hay talento. Lo que no hay es cultura para apoyar el talento, que no es lo mismo. No hay un respaldo cultural que lo ampare. Estados Unidos produce esa innovación por un tema cultural. No son ni siquiera estadounidenses los que lo producen: son indios, asiáticos, a veces mexicanos, que encuentran allí el caldo de cultivo para la innovación, y yo no dejo de pensar que los que posean los núcleos tecnológicos fundamentales en algún momento utilizarán ese instrumento para crear alguna ventaja, porque han perdido otras ventajas.

Estados Unidos no es un país manufacturero. Se ha desplomado su estructura industrial. Es un país de servicios. Europa ya no es un país de manufactura, ni siquiera el acero de excelencia es europeo. Se está desindustrializando Europa. Parte de su contribución al cambio climático es que las industrias contaminantes están en otros países aunque sean de capital europeo. De vez en cuando, cuando digo esto, hay reacciones de mis colegas que se irritan, pero es parte de la verdad, no es toda la verdad.

Por tanto, estamos en una nueva realidad. En relación al Bicentenario, las preguntas son: ¿esta generación del Bicentenario tendrá las oportunidades de incorporar a América Latina al desafío de la globalización haciendo la reforma que haya que hacer de la institucionalidad? ¿El Estado democrático está inadecuado cuando es un Estado democrático inadecuado a las nuevas reglas de la globalización? ¿Pasa de verdad por el parlamento el control de lo que ocurre o pasa por las redes sociales? ¿Son los partidos políticos los que canalizan las aspiraciones y la voluntad de los ciudadanos, o hay instrumentos completamente fuera de los partidos que revolucionan esa estructura partidaria? ¿Qué hacemos con el capital humano? ¿Estamos preparados para revolucionar la formación de capital humano

desde la primera primaria hasta la universidad y que la universidad haga el papel de vanguardia y no de retaguardia? Se deben desarrollar las infraestructuras; es necesario comprender que América Latina debe pasar de un 7% de relaciones comerciales de intercambio a un 30 o un 40% intrarregional; consideren que Europa está cerca del 76% intrarregional de comercio.

Es necesario comprender, aunque me llamen desideologizado, que un buen gasoducto o que una buena carretera integra mucho más que veinte discursos ideológicos. Es así como nos relacionamos con nuestros vecinos, como aprovechamos nuestras materias. ¿Cómo es posible que Chile tenga que importar energía de diez mil kilómetros cuando le sobre energía en la vecindad? ¿Cómo podemos estar tan desintegrados y siempre hablando de discursos integradores bolivarianos o no bolivarianos?

Recordemos que los griegos no despreciaban el pragmatismo. El pragmatismo es la capacidad de aterrizar las ideas en la realidad. El idealismo era el intento de que la realidad se adaptara a la construcción ideológica, cosa que nunca funcionó, en ninguna parte.

La región que más ha sufrido el impacto de la recesión financiera, no sólo financieramente sino económicamente, ha sido Europa, más que Estados Unidos, donde se generó la crisis.

Todavía sus dirigentes no se han preguntado por qué sus estructuras no han cambiado en los últimos veinte años. Pues porque viven de la bonanza del éxito de la sociedad industrial, Estado de bienestar incluido, pero no del cambio que se ha producido en los últimos veinte años, porque sus estructuras han sido mucho menos resistentes y mucho menos flexibles al impacto de la implosión financiera.

Bueno, la misma pregunta cabe hacerse para América Latina: cómo América Latina enfrenta el nuevo tiempo. Qué pau-

tas culturales profundas hay que cambiar para ganar la batalla del siglo XXI. Y eso no es una tarea de los políticos. La revolución de las estructuras culturales es una misión del mundo de la inteligencia, de la educación, de los creadores de opinión, de los innovadores, de todos y sin duda de los políticos. La política se ha quedado, perdonen que lo diga, pero yo tengo 68 años y debería estar diciendo que los que innovan políticamente son la generación que tiene 40 años, creo que muchos de ellos tienen el mismo discurso que cuando yo hice la modernización de España. ¿Cuándo nos vamos a dar cuenta de que a veces uno cambia la sociedad y sigue con el mismo discurso de antes de cambiarla? Por tanto, la sociedad se te va de las manos, es lógico. Si haces el cambio y mantienes el discurso de antes del cambio, no te van a oír, sobre todo no te van a oír los jóvenes.

Bueno, en una extensa y desordenada reflexión sobre la globalización y sus efectos, América Latina tiene muchas más expectativas poscrisis, en esta nueva era, que las que se están viendo, y esa potencialidad de América Latina hay que cambiarla en acción, en proyecto, en desarrollo, porque hay que hacer la reforma cuanto antes para aprovechar ese periodo que puede ser el más importante.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

–Ante la inoperancia del G-20 y de la ONU, ¿qué tipo de institución requiere la buena gobernanza global?

–Vamos a ver. El G-20 no tiene ninguna institucionalidad internacional, como no la tenía el G-7. Digamos que son orga-

nizaciones de hecho que no tienen una legitimización. Ahora, la inoperancia depende de eso. Es necesario, por ejemplo, impulsar una reforma razonable del funcionamiento del sistema financiero, y cuando digo una reforma razonable digo resistiendo la tentación de una hiper regulación.

Pero es evidente que el modo de funcionamiento actual nos ha llevado a esta implosión del sistema financiero. Se trata de establecer una normativa clara, buena, corta, comprensible, y que se aplique, lo que decía don Quijote a Sancho Panza, cuando iba a gobernar la isla Barataria, “pragmáticas pocas y que se cumplan, amigo Sancho”.

Pero con pocas y que se pudieran cumplir, y con controles, a pesar de eso, si la gobernanza fuera prudente habría que dar tres o cuatro años a las instituciones financieras para adaptarse, porque no van a pasar de la noche a la mañana a hacer cosas diferentes a las que están haciendo sin que se produzca un desajuste brutal en el sistema.

Por ello, el cauce puede ser el G-20, desde el punto de vista pragmático; es decir, ante la urgencia del desafío es el único posible, porque lo que sería imposible es llevarlo a la Asamblea General de las Naciones Unidas para discutir, nada menos, que una reforma que debería afectar al funcionamiento del Fondo Monetario Internacional, al funcionamiento del Banco Mundial, al funcionamiento de las instituciones financieras. La generación de un nuevo mecanismo de gobernanza global debería y podría ser materia del G-20.

¿Hay un mecanismo mejor que el G-20? No. Es el que tenemos y no está institucionalizado, pero les aseguro que si hubiera un acuerdo entre el G-20, ese acuerdo pasaba seguro por las Naciones Unidas, y en el G-20 si los tres países presentes de América Latina deberían ir, no digo como una sola voz, sino al lo menos con un

trío armónico que planteara lo mismo no en nombre de cada país, sino en nombre de la región, cambiaría completamente el rol de América Latina

América Latina es el 10% del producto mundial; la representación en el G-20 es un 15% de los representados. Tiene una cierta sobrerrepresentación, pero todavía no es posible imaginar tal coordinación; por tanto les pedimos explicaciones a Estados Unidos, a Europa y a otros, porque todavía no es posible imaginar que los tres representantes de los tres países latinoamericanos vayan coordinados y además hayan consultado a los demás.

–Para usted, ¿gobernanza global es lo mismo que gobierno mundial auspiciado por la banca de Norteamérica?

–Yo no propongo un gobierno mundial, porque me parece una resolución demasiado jacobina. Va a haber un gobierno económico del mundo como un nuevo invento, no. Yo tuve que organizar el 50 aniversario del Fondo Monetario Internacional en España; fue una de las arrogancias del G-7, de elaborar una propuesta y decir esto es lo que queremos para el 50 aniversario, pónganse en fila y firmen. Y al G-7 le respondió allí sobre la marcha un G-70: setenta países que decidieron, sólo para llamar la atención seriamente, decir: “Lo que usted diga no me interesa, lo que necesitamos nosotros es esto”. Y punto, y no hubo un punto de encuentro. El único punto de encuentro es que se colgaron de una cuerda los chicos de Greenpeace. Ahora me gustaría que se colgaran de una cuerda en el Golfo de México con la catástrofe, que sea un llamado de atención.

Por tanto, no hablemos de estructuras jacobinas, que se elaboran muy bien en la Sorbona, pero que después no se pueden pasar a la práctica. Les he dicho antes algo que por favor les

ruego retener: Estados Unidos solo no puede; sin Estados Unidos tampoco podemos. Eso va a ser así por lo menos los veinte, veinticinco años próximos.

–Merkel y Sarkozy parecen estar más enfocados en sus problemas internos. ¿Por dónde ve usted que Europa generaría el liderazgo necesario para salir de la crisis?

–Europa debería actuar junta, en vez de Sarkozy por un lado y Merkel por otro. Debería actuar junta. Tenemos una sobrerrepresentación en el G-20 ahora y me dicen: “¿Usted está contento porque esté España?”. Sí, pues estoy contento, es mejor que esté a que no esté en el caso de que estemos cinco o cuatro, pero preferiría que hubiera uno en nombre de la Unión Europea. Uno al lado de todos, porque entonces no nos pasaría en el G-20 lo que nos ha pasado en Dinamarca, donde teníamos la mejor propuesta de lucha contra el cambio climático, y cuando llega la reunión de Dinamarca, la siguiente de Kyoto, resulta que el acuerdo se hace sin que la Unión Europea se entere.

Por tanto, no quiero dejar de perder el sentido de realidad. El instrumento mejor que tenemos ahora no está legalizado internacionalmente; es el G-20, pero no tenemos la energía, la claridad ni la coordinación suficientes para que el G-20 genere acuerdos de gobernanza financiera, y después de gobernanza económica que pueda, como plataforma, llegarle a las Naciones Unidas. Si llega el G-20 a las Naciones Unidas con la representación diversa que tiene un acuerdo, les aseguro que ése pasa y pasa rápidamente. No hay otro mecanismo para hacerlo seriamente. Los otros son construcciones teóricas.

–¿Qué piensa usted sobre el futuro de Europa?

–Me hablaron del problema del futuro. Bueno, yo he estado dos años sumergido en este informe sobre el futuro de Europa, luego ha llegado la crisis, yo he hecho algunas recomendaciones personales y otras de grupo y de las personales. Son medidas de lucha contra la crisis, y he propuesto no muchas, tres, y después reformas estructurales para que no nos vuelva a pasar lo que nos ha pasado. Lo he hecho, digamos, lo más sintéticamente posible y lo he discutido con los dirigentes, pero les voy a contar una cosa para que vean lo que me produce preocupación e irritación.

Grecia había presentado cuentas que no eran verdad durante ocho años. Por tanto, no cumplía con las condiciones del pacto de estabilidad dentro de la Unión Económica y Monetaria Europea y las cuentas que presentaba no eran ciertas. No eran ciertos ni el déficit ni las deudas, y durante ocho años de verdad esas cifras podían pasar desapercibidas por la arquitectura financiera. Y a pesar de todo lo notó la comisión de la Unión Europea, pero la reunión de los jefes de gobierno le pidió a la comisión que no interviniera, que era su obligación; por tanto, se produce la crisis griega, pero eso es lo de menos. Estaba claro que el rescate griego había que hacerlo sí o sí. ¿Por qué digo sí o sí? Podrían haber dejado quebrar a Grecia, pero la deuda griega era 37% con bancos alemanes, 34% con bancos franceses, 10% con banco austriacos, que acababan de ser rescatados por el valor de 440 millones de euros, de 1.000 millones de euros los alemanes y de 420 mil millones de euros los franceses; por lo tanto, si se producía un impago griego tenían que volver a ser rescatados.

Había que rescatar a Grecia sí o sí. Porque si no a los bancos se les habría generado nuevamente dificultades. Pero se ha de-

teriorado tanto esta situación que ahora hay un diálogo muy raro de los gobiernos con los mercados.

Es verdad que yo he visto muchas manifestaciones contra la crisis en Europa, pero cuando uno convoca una manifestación contra la crisis uno se pregunta: ¿dónde vive esta señora para saber dónde me tengo que manifestar? “Me manifiesto contra la crisis” es una abstracción; “me manifiesto contra tal que lo ha hecho mal, contra cual que creo que lo ha hecho mal, pero contra la señora crisis no le veo mucho sentido a las manifestaciones; lo puede hacer uno donde quiera, en la playa o en la plaza del pueblo”. Por tanto creo que hay mucho despiste, mucha falta de identificación de los problemas.

En Europa falta al pacto de estabilidad que garantiza la unión monetaria como condición necesaria, le hace falta gobernanza económica.

En España el país estaba muy endeudado, muy endeudado, las familias y las empresas; por tanto estamos gastando una parte del ahorro que no producíamos, que era el ahorro externo. Cuando se produce la crisis financiera se corta y se acaba la fiesta. Ya no se pueden seguir construyendo casas... Hemos construido vivienda habitación durante ocho años más que Alemania y Francia juntas. Es decir, para un país de 44 millones de habitantes, hemos construido viviendas como la suma de Alemania y Francia juntas. No era sostenible, claro, aunque todo eso lo ha acelerado la crisis financiera cinco años, o seis; cuando hablaba de la burbuja inmobiliaria, me llamaban pesimista y no sé cuántas otras cosas más, se me iban encima hasta los bancos: “¿Cómo dice que hay...? Aquí no hay burbuja inmobiliaria?”. Bueno, ahora la vemos.

–Para las tareas del nuevo futuro, ¿considera usted factible la participación que los pueblos indígenas pudieran aportar a las decisiones del futuro, entre ellas la explotación de materias primas o el uso del aprovechamiento de la tierra?

–Es necesario considerar que existe una cosmovisión indígena respecto de la relación del hombre con la naturaleza. A nosotros nos llama mucho la atención cuando se dice que no hay que vivir mejor, sino que hay que vivir bien, que es parte de la filosofía del vicepresidente de Evo Morales y del ministro de Exteriores de Bolivia. Es una filosofía aymará. ¿Dónde está en la mayor o menor armonía con la naturaleza? Hay cosas que uno puede comprender y aceptar y otras no, pero en todo caso es una razón de fondo interesante sobre la relación del hombre con la naturaleza, que debe dejar de ser depredadora para ser más armónica si quiere evitar un desajuste como el cambio climático. En esto yo creo que sí hay que aprovechar parte de esa filosofía.

–*¿Cree usted que el próximo gobernante español será obligadamente el señor Rajoy?*

–El gobierno actual está perdiendo apoyo social claramente, aunque ahora ha recuperado un poco. El Partido Popular está a seis puntos de diferencia. Queda un año y medio para las elecciones. Puede ocurrir de todo, pero es previsible que gane el Partido Popular, por no referirme exactamente a las personas, pero probablemente si Zapatero tuviera que elegir a un competidor electoral elegiría a Rajoy, que es lo menos dificultoso que se puede tener por delante, pero en fin. Porque si bien ha caído mucho la popularidad y el apoyo de Zapatero, sólo ha caído más el apoyo de Rajoy; sin embargo, la caída del voto, del

apoyo del Partido Socialista, no se corresponde con la no caída del apoyo del Partido Popular. El Partido Popular se mantiene en su 40, 41%; los otros han perdido votos, y por tanto la diferencia queda en triunfo por mayoría relativa por el momento al Partido Popular.

A mí, desde que vivimos en democracia, me cuesta mucho hablar de los problemas de España fuera de España, que era una opción cuando no tenía más remedio porque no podía hablar en otro sitio sino fuera de España. Cuando hablaba en España la tenía más complicada; a partir de entonces trato de ser respetuoso con eso. Lo que ha pasado es que yo creo que el gobierno ha sido muy lento en la comprensión del fenómeno de la crisis; para mí ha sido exasperante la lentitud; creo que además a esta altura de mi vida no sólo me preocupa que el gobierno no haya reaccionado antes a la crisis, me preocupa que la oposición no tenga una alternativa para la mejora de la crisis en ninguno de los planteamientos que se han hecho.

Me preocupa el país, porque no he visto la reacción del gobierno hasta ahora, ahora ha empezado a reaccionar. “Tengo que hacer lo que tengo que hacer, sea cual sea el coste que tiene para mí”, es lo que ha dicho Zapatero, y ha empezado a tomar algunas medidas de ajuste y de reforma, mientras que la oposición todavía no ha propuesto ninguna reforma alternativa.

Hombre, hay una que sí, que propone siempre: hay que bajar los impuestos y reducir el déficit, eso lo hace cualquiera, pero no ha habido ninguna propuesta concreta, reforma del mercado del trabajo, en déficit, ninguna. ¿Por qué? Porque saben que sólo la espera del desgaste les puede dar la oportunidad de llegar al gobierno.

Como yo además he tenido una sensación de emergencia para España y para Europa, esa actitud no me gusta, no me gusta ni por el gobierno ni por la oposición. Porque aunque sea una emergencia uno se tiene que fajar y hacer su propuesta con el coste que tenga. Yo no he creído nunca en eso que llaman medidas impopulares, porque si son medidas comprensibles, por duras que sean, son las que mejor entiende la gente. Me correspondió hacer una reconversión industrial muy dura en los años 83, 84 y 85, me he vuelto a presentar y he vuelto a ganar por mayoría absoluta. Y ha sido durísimo, pero con el apoyo de la gente.

—¿Cómo ve la situación del PSOE en el gobierno con crisis económica? ¿Tiene opción de recuperar Madrid?

—Y después está la batalla por Madrid, siempre Madrid. Yo no he entrado en eso y no voy a entrar. Alberto Ruiz Gallardón es el caballo blanco de la derecha con una contradicción preciosa, lo conozco bien. El alcalde de Madrid es el mejor candidato, digamos el líder social mejor valorado del Partido Popular y el menos querido dentro del Partido Popular. Esas cosas pasan en las casas de todos: te quiere mucho la gente pero tus “compis” no te quieren nada; bueno, al revés es peor para ganar la elección: te quieren muchos tus “compis”, pero la gente no te quiere nada. ¿Cómo se administra eso de ser un líder social y no un líder orgánico? Los que estamos en la política desde ya mucho tiempo sabemos que es complicado.

Por tanto, nosotros nos inventamos un sistema de primarias con el cual no estoy de acuerdo, salvo que se aplique para todos, como en Estados Unidos. ¿Por qué? Porque el desgaste se reparte en todos los barrios por igual. ¿En qué consiste una pri-

maria? En demostrar dentro de de la misma formación política que uno vale más que el otro. Por tanto, salvo que el desgaste se reparta equitativamente, se socialice y todos pasen por el mismo proceso, cuando uno hace primaria y nosotros no, está perdiendo un chorro de votos. Claro que arregla un poquito el tema del corralito interno, de las aspiraciones internas, pero no arregla el problema de la relación con la sociedad.

—¿Cómo España enfrentará su problema de cesantía, dado que el endeudamiento de la población y proyección de crecimiento debilitada sin generar profunda inestabilidad social?

—Lo que pasa es que nosotros tenemos problemas estructurales serios. Vamos a salir, sin duda. Tenemos un problema de empleo de una dimensión de un 20% que está sobreestimado; yo creo que tenemos un problema muy grave de desempleo de en torno al 14% y una sobreestimación de un 6% más. De gente que cobra subsidios y tiene trabajo. Por tanto, esto quiere decir, además, que se ha atenuado mucho el efecto social de la crisis, la gente que piensa que puede haber fracturas, implosiones y tal, se equivoca.

El otro problema que tenemos sí es serio. Yo he tratado de explicarlo en algunas comparecencias. Tenemos un apalancamiento como país muy serio. Mucho más que el apalancamiento público, que es y sigue siendo menos que la media europea, pero el endeudamiento de las familias, el endeudamiento de las empresas es muy serio. La dificultad de seguir pactando el ahorro interno desde luego está encareciendo la tasa de interés de todo, de la emisión de deuda, como es natural. Hay más dificultad, porque el endeudamiento es muy fuerte.

Se habla de varias cifras, pero yo creo que estamos sólo con un 60% del público y tenemos que estar en torno a un 150% del producto bruto de deuda. Si uno hace el cálculo personalmente, debo el 250% de lo que gano en un año. Necesito veinte años para pagar si sigo ganando lo y necesito reducir mi gasto en un 20% para pagar el principal interés. Eso le pasa al país. Eso no es así: para pagar con más comodidad necesito crecer, pero si reduzco el gasto voy a contribuir a crecer menos, que es uno de los dramas que tenemos.

No quiero complicarles mucho la vida. Yo le he planteado al Consejo Europeo que no todos los países europeos pueden mantener las políticas anticíclicas.

No pueden seguir haciendo lo que hace Estados Unidos. España, con el 11% de déficit sobre el producto bruto, no puede. Ya hizo todo el esfuerzo, ya disminuyó al 11%, luego tiene que ajustar, pero España no es toda Europa. Alemania no tiene ese problema y está haciendo un plan de ajuste brutal, innecesario a mi juicio, de ajuste presupuestario; por tanto, está frenando las políticas activas.

Pero además Europa tiene instrumentos como el Fondo Monetario de Inversiones y el Banco Europeo de Inversiones; por tanto, tiene instrumentos para seguir haciendo políticas activas hasta que arranque la demanda privada. No se está haciendo, no me pregunten por qué no se está haciendo, yo he explicado que esto es imprescindible además de medidas de gobernanza económica, pero, bueno, da igual. Uno hace un informe ahora: el destino no es el cajón, ahora el destino es la página web de la Unión Europea. Pero lo mismo nos da en la página web o en el cajón. Lo que importa es que si impacta o no en el proceso de toma de decisiones. Yo, al revés de los colegas que formaban

parte del grupo, tengo la impresión de que ha sido un esfuerzo que conduciría, como tantos, a la melancolía y no creo que vaya a ser para nada determinante en el proceso de toma de decisiones a nivel europeo.